

CONATO DE ESCARNIO EN LA ALQUITARA (y fin)

Fabián, J.F.

Cada fin de semana que pasaban en Béjar, venidos desde la compleja ciudad donde vivían, el escritorcillo del Béjar Información, su señora y su hijo tenían por costumbre pasarse el sábado al mediodía por el por el 12 & 23 y después por el Alquitara. La verdad es que si por la noche está siempre la cosa como íntima, como cercana y como muy bien, al mediodía tiene otro sabor complementario, ni mejor ni peor pero igual de intenso. No iban sólo porque el hijo del escritorcillo se le hubiera aficionado a las patatas de la abuela del 12 & 23 o a los emparedados y las croquetas del Alquitara, no era sólo por eso, iban también porque el matrimonio tenía sus razones técnicas y sentimentales. En fin, a cada cual le da por su cosa y a esta familia le daba por esto y como no era malo lo repetían cada vez que venían. Y si de paso a él le entraba la inspiración y podía luego escribir de algo, pues todavía mejor.

Ingenuo de él, del escritorcillo, no notó que Carmen, la señora de Chema Díu, le servía las revolconas con una sonrisa que no era la de siempre. En eso se notaba que el escritorcillo es un escritor de provincias, porque los buenos son, además de escritores, detectives, psicólogos, adivinadores, arqueólogos de la sociología y muchas cosas más. Son capaces de leer en las miradas, en las sonrisas, en los tonos de voz e incluso en como pinchan -con qué denuedo o con qué desgana- el tenedor en el centro de las revolconas cuando te sirven esa tapa. El escritorcillo nada, nada de nada. El caso es que Carmen le sonrió temblándole un lunar que tiene por la cara y él, en detalle tan sutil, no se enteró de que aquello guardaba un misterio.

Cuando Javi Paso les puso el primer tinto al matrimonio, miró al chaval y frunciendo levemente el hocico pensó que un niño de nueve años no debiera ver lo que se le avecinaba a su padre. Pero aquello no tenía ya vuelta de hoja. El sofisticado diseño de la venganza planeada concienzudamente por Javi Paso, con su temperamento de hielo para estas situaciones, le hacía pasar tranquilamente por encima del desgarró en el corazón de un niño presenciando la tortura -como mínimo la tortura- de su padre.

Cuando el escritorcillo quiso procesar aquel encadenamiento de miradas cómplices entre la gente que estaba en ese momento en el bar, ya era tarde, ya había atrancado Miguel Paso la puerta por si acaso y las juntas en las ventanas estaban dadas de silicona. No dio tiempo a nada. Su señora se le abrazó por la cintura y el niño le saltó a los brazos. Parecían la Sagrada Familia. Eduardo Izcaray que estaba, mejor dicho: que parecía estar apaciblemente tomándose su vermú en la mesa del rincón, empezó a quitarse los pantalones y luego el jersey. En medio minuto estuvo en tanga atigrado muy justito y en camisa hawaiana con nudo en la zona del ombligo. Sin dejar de mirar al escritorcillo se colocó un parche en un ojo y de la funda de una guitarra que había a su lado, aparentemente olvidada, sacó un hacha de doble filo curvo, de esas que llevan los verdugos cuando le van a cortar el cuello a un tío. Mojó un dedo en saliva y mirando fijamente al escritorcillo lo pasó por el larguísimo semicírculo del filo. Un destello cegó la vista de pobre cronista y su garganta inconscientemente tragó saliva o algo más porque tenía un catarro de pectoral de cuidado. Aferrado al cuello, el niño no quiso ver más. Por su mente infantil, tan pequeña pero ya tan consecuyente, pasó la idea de que se iban a cargar a su padre allí mismo y él acabaría el próximo curso en un colegio de enseñanza privada subvencionado. Y tendría que ir a la catequesis y tomaría la primera comunión y saldría el día del corpus vestido de almirante con los demás, flanqueando a los hombres del musgo.

, dijo Javi P. mientras iba sacando de un cajón una colección de deslumbrantes cuchillos de carnicero y los iba depositando en la barra tras comprobar con mirada de ejecutor la finura del filo. El niño se aferró aún más al cuello de su padre. Se veía la pobre criatura, era otra posibilidad, no sólo en la enseñanza privada, sino además en un seminario diocesano haciendo la ESO, subvencionado por alguna congregación de señoras bien de esas que hacen favores impagables a gentes con poco. En esto sonó un aporreo de la puerta y alguien salió a abrir. En toda la vida olvidaría aquella criatura la escena de ver aparecer enfundados en cuero negro y gafas de cristal bicolor del mercadillo, a Chema Díu y a su Carmen poniendo ésta en marcha una motosierra y acelerándola erecta: rum-rum-ruuummm.

exclamó complacido Javi mientras se echaba al pico de un trago una copa de veterano como un tío duro. Asustaba ver a Carmen así.

Al fondo de la barra, sólo, entretenido, como ajeno a todo, muy a lo suyo, Luis el médico, levantaba una mano y en ella una jeringa de cristal reluciente con ese gesto habitual que tienen los practicantes de soltar una gota por la punta antes de clavárnosla en el culo. Y a su lado, sobre el mostrador, un recipiente de cristal en el que se leía: "The letal inyection to human ejecution to lent agonie. Produit exclusive of USA". Manda narices.

Ten amigos para esto, a saber: agazapado por allí, de pronto irrumpió delante de aquella sagrada familia cagada de miedo, Juanjo Estévez con los dedos pulgares en los bolsillos de los vaqueros, las mangas de la camisa remangadas hasta el final del brazo, palillo en la comisura y una sonrisa traidora.

. Nuestro hombre tragó saliva. Todos sabemos que del miedo se puede obtener lo que sea, las generaciones futuras así lo entenderán.

, dijo Javi P. haciendo ademán de saltar el mostrador.

, le detuvo Miguel P.

En esto volvieron a tocar a la puerta. "¡

. Eran los Rollíng. "

Todo en inglés. Mientras firmaba Javi la recepción, se coló dentro un guardia municipal y buscó a Miguel Paso.

Miguel se quedó anonadado, le dijo al guardia con los nervios que a

sus ordenes, el guardia se puso la gorra y se largó. Ahí quería yo haber visto a Caldera, enfrentándose al PP cuando a estos se les llena tanto la boca con la palabra democracia, ellos que no han expulsado todavía a las viejas glorias esas que fundaron en su día AP para no perder bola. Ahí le quería yo haber visto. Pero Caldera, no sabemos si por estupefacción, porque estaba distraído o por si sacaba el guardia la pipa, no dijo ni pío y le podía haber mandado con las mismas un recado al alcalde. No le diría nada al guardia pero desde ese momento se hizo el dueño de la situación. Eso sí, como aludido que era en los artículos del escritorcillo, tenía también su derecho a venganza. Nadie se la negaba.

El escritorcillo miró a Javi y le dijo: “

. Se la bebió de un trago.

, dijo Caldera. Con la tercera puso un gesto de dolor, como si le hubiera arrasado las anginas a su paso.

. Jesús Caldera que había sido una vez de una comisión de derechos humanos en el Congreso y que había sido centrocampista con él de chavales en un equipo que se llamaba el Monterrey, se compadeció:

Sonó el estallido del casco de una Fanta de litro. Empuñando el resto, Javi P. hizo ademán de saltar el mostrador.

”. El escritorcillo sintió una sensación sólido-térmica en la parte dorsal del slip verde de naylon que llevaba. “

, volvió a contenerle Miguel. Jota Pe obedeció. (Algunas veces u obedeces o te pueden echar del trabajo).

Como el único que parecía sensato allí era Miguel (bueno y también el padre de Alberto Segade) y con las ganas que le estaba viendo a la mujer de Chema Diu y, sobre todo, a su hermano Javi, salido completamente de sus casillas, decidió mediar para no corriera la sangre.

Tuvieron que sujetar a Jota Pe de nuevo, había arrancado el botellón de aguardiente de hierbas y le iba a dar con él en la cabeza.

volvió a inquirirle Miguel. Aquel muchacho

necesitaba tratamiento y Luis el médico allí viéndolo y como si nada. “

“ , -bajó la voz y se le acercó al oído-
”. “ ”, se tranquilizó Miguel. “

”, irrumpió la señora del escritorcillo. , le dijo él. Pero, ja!, las hemos dado campo y ya no se calla ninguna, dicen que no se callan y no se callan. Esto también lo ha traído la democracia y los socialistas. Así que la muchacha lo largó todo. Que si su marido se había cansado de tomarse en serio la cosa y sufrir y había optado por la coña social a ver qué tal le iba, que si J. Antonio Paso le había animado a ello y, sobre todo, que los personajes de su marido, los de buen rollo, eran gente entrañable para él, aunque a algunos aún no se lo hubiera demostrado. Javi Paso que estaba amordazado con la bayeta spontex amarilla de limpiar el mostrador, quiso decir algo de nuevo violentamente al oír esto último. Fue la gota que colmó el vaso para Miguel.

Obediente e incompredido, sin quitarse la spontex de la boca, Javi caminó hacia el almacén y cerró, no sin antes dedicarle una mirada profunda al escritorcillo y pasarse con rapidez en dedo índice por el cuello.

El escritorcillo pidió la palabra. “ -le dijo a su señora-

El padre de Alberto Segade levantó el bastón en actitud de prevengan. “ ”. La cosa pareció interesar a los presentes. “

”, “ , apostilló J. Antonio Paso que andaba un poco quemado por esta cosa. Pues dicho y hecho. Cobraron los dos. Lo que parecía un escarnio para el escritorcillo se convirtió en su consagración como verdugo. Así son las cosas. Sentado en una silla fue recibiendo

primero a uno y luego al otro, los dos con el culo al aire, como niños de los cincuenta antes de la azotaina. Se le tumbaron en las piernas con los culillos en el sitio exacto para la mano. Ya no era por los cachetes, que bien se merecían, era básicamente el espectáculo de aquellos dos culos de un metro cúbico cada uno, blancos como la nieve, sólo perturbada aquella color por unas decenas de granillos rojos bien repartidos, como de haberle hecho daño unos mejillones, pero crónicos. Tan triste le pareció al escritorcillo aquello que no los tocó, aunque la historia dirá algún día si fue clemencia o es que no quiso poner allí la mano. El respetable interpretó clemencia y ante ello, el padre de Alberto Segade, levantó la garrota y dijo

Y como era el mayor hubo que bebérselos.
Bien buenos que estaban. (Adiós).